

ILUSTRACIÓN DE FEDE CAMM.

Tres guasos con infancia de barrio callejera y presente de puesteros en el Mercado Norte agarran "una changa medio rara" porque "la vida dura cuarenta y ocho horas" y "la plata es lo de menos". Con este fibroso cuento de Santiago Olagaray, LaCentral inaugura un espacio literario curado por Alejo Carbonell, poeta y editor.

Hay un lugar donde está todo

#1

En el colegio a veces me decían Negro.
 – Negro es Ángel –contestaba yo, y me miraban con cara de no conocerlo.
 En el barrio me decían Indio.
 – Mi bisabuela era india –les dije una vez. Ángel era vecino y se cagó de risa el día que nos mandamos al otro lado de la calle para descargar del Rastrojero del verdulero los cajones de frutas a cambio de unas mandarinas. Supongo que hacer ese tipo de trabajo le resultaba indigno porque era el único chico negro de la cuadra, del barrio, capaz que de la ciudad. Está bien, lo habían enseñado así.
 Desde ese día, el verdulero estacionaba el Rastrojero cargado una vez por semana, se bajaba y acodado en la puerta abierta nos llamaba con tonito de patrón.

– ¡Changarines! –decía. Ahí Ángel se reía desde el otro lado de la calle con la sonrisa llena y esa tarde repetía changarinesss estirando la "s" con sorna, riéndose con un sonido de hachazos. No parecía, pero éramos amigos, y los más íntimos éramos el mismo Ángel, los mellizos Muller y yo.
 Creo que estábamos jugando a frenar el auto. Esperábamos que viniera un coche y cuando la trompa cruzaba la línea de la verdulería, al que le tocaba tenía que saltar a la calle. Y cuando uno se cagaba empezaba el verdadero juego: uno de los Muller se quedó parado en la vereda y se tuvo que sacar la remerita y ponerse de cara a una pared pintada a la cal; los demás juntamos tres piedritas cada uno, el otro mellizo fiscalizó el tamaño, y se las tiramos con furia, una por una, a la carrera. Después creo que jugamos a dormir el brazo. Ángel y el otro Muller se estaban dando puñetazos en el hombro, una vez cada uno. En un momento Ángel ya no pudo levantar la mano. Se notaba que le dolía más el orgullo que otra cosa, así que se sentó enclavado, y ahí me acuerdo que llegó el único desafío que no iba a aceptar: descargar cajones de fruta.
 Entonces el viejo llegó, nos abalanzamos encima del Rastrojero, Ángel se rió de nosotros y poco a poco, mientras decía changarinesss, se fue yendo, o dejando de venir. Se lo vio cada vez menos y daba la impresión de que había dejado de tener cuerpo, porque se seguía hablando de él y se lo esperaba en la calle, el campito o el Club Peñarol a las horas habituales, nada más que él no aparecía. Unas viejas empezaron a barrer las veredas y decir que se había fugado con una mujer que vivía en la cuadra, una veterana laica consagrada, vicepresidenta de la Sociedad Protectora de Animales. Nosotros nos guardamos caprichosamente esa historia de la rubia reprimida que se había ido con el negro fibroso para que le arrancara de golpe y sin dolor lo que ella había cuidado toda la vida.



Ángel se reía desde el otro lado de la calle con la sonrisa llena y esa tarde repetía changarinesss estirando la “s” con sorna, riéndose con un sonido de hachazos.

#2

Más o menos cuando terminábamos el secundario, un sábado tempranito fuimos al Mercado Norte y nos ofrecimos en varios puestos. Chiquitín, que era el menos fiero de los Muller, se paraba adelante nuestro y explicaba que teníamos experiencia, y alzaba un par de cosas para demostrar el manejo de los pesos. El otro día se cumplieron diez años de que conchábamos y como el Mercado significa verdulero de la cuadra y el verdulero significa Ángel y el negro significa rubia beata, nos estuvimos acordando.

–Las laicas consagradas no son monjas, aunque hacen el voto de castidad. Qué cosa hermosa y fea a la vez –dijo el Gordo, que de los dos Muller es el que más le pintó leer y cultivarse. Por ahí se apoya en el pecho una mano que parece un ramillete de salamines caseros y con cara de poeta dice estas cosas mientras Chiquitín y yo nos reímos de él y a él le encanta. El Gordo es un gourmet bruto. Un fin de semana nos hizo ir a la casa y cavar un foso alargado en el patio siguiendo un dibujo suyo. Después preparó mezcla y construyó una piecita enterrada y le hizo un revoque especial. Tiró la loza, instaló una compuerta y se armó una fabriquita de embutidos para vender en el mercado.

Un brasilero blanco y petiso que labura de changarín lo escuchó cuando decía lo de las laicas. Está prófugo de la justicia brasilera y se esconde cargando cajones a la luz del día.

– Como Pelé, que se casó dos veces con mujeres noruegas y jamás se enamoró y sólo quería probar lo que ele valía –dijo.

Los Muller lo miraron con un asco sin pensamiento.

– No es el preconceito de los blancos con los negros. Pelo contrario. ¿Me entiende? –dijo también.

– Sí, sí –le contestó Chiquitín.

– Yo no tenho preconceitos, más... todo macaquinho es preto y todo preto es macaquinho –remató el brasilero. El Gordo tradujo en directo qué era macaquiño.

A Chiquitín no le gustó escuchar eso y se la tiene jurada; es de esos tipos que respetan a

uno que se puede aguantar el dolor, así que a Ángel todavía lo tiene ahí arriba.

– Después dicen que en Brasil no hay discriminación –dijo el Gordo.

– En los mercados y en las terminales está la peor lacra –dijo Chiquitín.

– Vamos a comer –dije yo.

Habíamos agarrado una changa medio rara solamente porque a Chiquitín se le habían tirado como un desafío. Yo quería aprovechar el almuerzo para ajustar detalles. Estaba pensando que un día sos un mocoso y te divertís matando las viudas negras que hay en el desván de los Muller rociando Raid en un encendedor prendido adelante y otro día, al otro día, sos un tipo grande y te divierten cosas más raras y sabés que “hacer las cosas bien” es dejar de hacer lo que te gusta. Es así.

#3

– Cambiá la cara que me amargás, che puto –dice Chiquitín y me pega un trompadón en el hombro.

– Papá, la vida dura cuarenta y ocho horas –dice el Gordo.

– Sentilo –dice Chiquitín mientras lo señala con un cabeceo.

– Es así, dos días –sigue el Gordo–. No hay tiempo para pensar, poco tiempo para dormir y al tercer día te vas a encontrar entre los muertos –dice y se pasa por la boca un puñado de esas servilletitas de papel que no absorben una mierda.

Después, con el hermano, se quedan pensativos, con esos ojos brillosos que a veces tienen los perros, que hacen que la gente diga que son inteligentes. A los segundos vuelven a hablar a los gritos con las bocas llenas de masa triturada, pero nadie les dice nada porque los conocen. Estamos en un bolichito en un rincón del mercado, armado con unas banquetas y unas tablas donde hacen pizzas de cinco centímetros y tienen un cartel que dice “condimentadas a la vista”. Hoy me siento como si fuera la primera vez que vengo. Me doy cuenta que estoy tratando de aclimatarme al lugar.

Miro alrededor: todo está grasiento y a tres metros por el pasillo hay una carnicería en la que alcanzo a ver los chanchos colgando cabeza abajo, pacíficos y cuidados. Les hacen dos tajitos en el cuero a los costados de la cabeza y les enganchan ahí las patas delanteras para que queden prolijos.

– Bueno. Vamos, che –los agito para que terminen de tragar.

Cuando Chiquitín se baja de la banqueta, la tira al piso. El Gordo vuelca un vaso con un culito de cerveza. Saludan al pizzero. Si son igualitos a esos cachorros torpes que hacen mierda las macetas, que hacen huecos en el patio y muerden las cosas. Para bajar la comida les gusta agarrar el último tramo del horario de carga y descarga, y sumarse a los vaguitos que bajan mercadería. No les hace falta: los tres tenemos negocio en el mercado. Pero dicen que lo hacen “de hobby”.

Más tarde vamos hasta el galpón que un autopartista amigo de Chiquitín tiene sobre el río. Nos tiene guardado un coche oscuro. El Gordo hace contacto, tuerce la jeta y se ríe tanto que las pecas parece que le saltaran de la cara como en 3D. Es un cochazo que debe andar en las cien lucas.

– ¿Cuánto nos van a dar por hacer esto? Conventría desarmar el auto –digo.

– Al auto hay que devolverlo –dice Chiquitín desde atrás.

– Bien, pavo. Es un decir.

Chiquitín me pega en la nuca y sigue comprando números para ganarse un cagadón. Un loquito nos va a pagar tres mil pesos por sacar unas cosas de tres iglesias. Le dio una lista a los Muller. Si se jode, se jode mal. Pero está divertido. La verdad es que la plata es lo de menos.

– Saquense las fajas, vamos a andar llamando la atención si no –digo.

El Gordo se ríe tirado contra el volante, se endereza de golpe y se agarra un tirador de la faja como haciéndose el millonario.

– Yo no me la saco. A mí me duele la espalda –dice Chiquitín.

– El que se la saca es puto –dice el Gordo.

Damos tres o cuatro vueltas a la manzana del mercado. En las veredas hay cajones de madera apilados, bollos de cartón corrugado color violeta y cáscaras de cebolla arremolinadas por el viento. El agua con lavandina todavía chorrea bajo las persianas de metal hacia la calle. La vieja Mercedes levanta sus limones, ajos y pimientos de una tela en el suelo y los guarda en un canasto. La saludamos y nos devuelve una sonrisa.

– Chau, gordita hermosa.

Miramos los carteles de chapa de los negocios como si estuviéramos de visita en la ciudad. En pocas cuadras a la redonda hay mayoristas de productos de limpieza, hay bazares y mueblerías de usado, de pino o de algarrobo. Lo que pidas. En un pasaje hay solo negocios de golosinas. Otra calle tiene todo electrónica, otra tiene herramientas y armas.

– Se me van a cagar de risa, pero siento una cosa. ¿Todo esto siempre estuvo acá? –dice el Gordo.

– Mirá la calle –le digo–. ¿Che, tenemos todo?

– Un alicate para candados y un cochazo –dice Chiquitín y me da un puñete desde atrás. Me desabrocho el cinto, apoyo una rodilla en el asiento y le doy un cachetazo con tanta buena suerte que un dedo le entra en el ojo. ¿Cuál es el ojo izquierdo de los demás, el izquierdo de ellos o el que uno ve de ese lado?

Arreglado. Nos vamos relajando, damos una vuelta más amplia por las avenidas, con las cabezas afuera de las ventanillas y las lenguas afuera de las bocas. Bien arriba agarramos la Buenos Aires y empezamos a bajar, preparándonos mentalmente para tres paradas jodidas de romper candados y hacer saltar alarmas. El Gordo frena a metros del portón de entrada de la iglesia de los Capuchinos.

– Me ojean esos bichos –digo.

– Se llaman gárgolas –dice el Gordo y trata de explicarme qué son.

– Como es de día nos van a dejar entrar –le digo y me río. Chiquitín se sorprende y también se ríe buscando mi cara por arriba del techo del auto. Yo abro y cierro el alicate con las dos manos. El Gordo imita el gesto con la boca haciendo sonar las muelas.

Chiquitín está empezando a contagiarse de su hermano, como si parecerse fuese una enfermedad y ellos fueran dos chicos que llevan días sin ir a la escuela porque cada uno es la causa de la recaída del otro.

– Gordo escuchá: el objetivo es completar la lista de cosas que nos encargaron. No echés moco.

– El otro es que todo lo que es sagrado vuelva a valer lo que vale el sencillo hecho de estar vivo –dice.

– Prrrrfff... –hace Chiquitín y se acomoda los huevos.

– Quedate en el auto.

– Ni en pedo.

Una vieja flaca que está sentada junto a la reja nos mira al pasar, alargando la mano. El Gordo le tira una moneda.

– La puerta está abierta –dice la vieja.

Vamos derecho al altar, agarramos las cosas y desde allá nos venimos caminando como si nada. Algunas señoras no atinan a hablar pero hacen algo con los ojos que es como un murmullo. Nos ven pasar como quien se lamenta por una oportunidad perdida en el mismo momento en que la está perdiendo. Me doy vuelta y veo que una manotea su teléfono celular.

El Gordo tira el punto muerto dos por tres, tal cual si levantara los pies y los apoyara en una mesita. El auto se desliza calle abajo hasta la iglesia San Francisco. Entramos por el costado de la plazoleta. Los vagos que duermen en los bancos nos miran ya sin curiosidad en los ojos. Está cerrada. Corto el candado y en el momento del chac los ojos de los Muller se transforman en ojos de fotografía nocturna, de bichos observando desde el oscuro. El Gordo se manda entre los bancos del coro. Desaparece atrás de una baranda. Después lo veo pasar con un candelabro en cada mano, sacudiendo su cabeza prendida fuego a las carcajadas. Chiquitín está empezando a contagiarse de su hermano, como si parecerse fuese una enfermedad y ellos fueran dos chicos que llevan días sin ir a la escuela porque cada uno es la causa de la recaída del otro. A la salida me siento mareado y pienso que es como si viniéramos aspirando el pegamento con el

que están sostenidas las piezas que forman este mundo roto hermoso. En la vereda de enfrente veo a un tipo negro bien puro con un traje tipo mayordomo inglés color rojo, gris y dorado.

– ¿Ángel? –le grito.

Hace un gesto disimulado con una mano y noto que tiene guantes blancos.

– ¡Es el botones del hotel! –suelta Chiquitín, y se empieza a reír señalándome.

Cuando el auto vuelve a frenar veo otro negro en los mosaicos de la pared lateral de la última iglesia. Alcanzo a entender que cuentan la historia de Córdoba con indios, conquistadores, esclavos, frailes, arados, vacas y engranajes. Vamos para adentro. Zigzagando entre las hileras de asientos, el Gordo se sacude como si fuera una lengua mojada y caliente, chasqueando contra los bancos de madera, desacomodándolos a culazos y rodillazos. Chiquitín fuerza el sa-grario, me pasa un copón y un platito como de oro y ya estamos, pero se oye un ruido y los Muller se dan vuelta como un par de pastores alemanes, con los huecos de las orejas apuntando hacia una puerta al lado del altar, donde se escucha una voz ajada. Se les erizan los pelos de la cruz. Corren y desaparecen dentro del cuartito. Me asomo y veo un cura que sostiene en alto una especie de báculo. Tiene el dorso de la piel de la mano como papel manteca, pero el puño bien firme. Lo baja y le da un golpe seco a Chiquitín en la oreja. El Gordo se mata de risa. Alcanzo a ver que empujan al viejo y escucho un forcejeo. Ya estoy caminando para la puerta.

– No te vayás, cagón –grita el Gordo.

Arranco el auto. Ellos llegan encorvados, babeando. Chiquitín me muestra unos anillos que tiene puestos en la mano derecha. Sangra de la oreja izquierda y de la nariz. Se tapa un agujero nasal y sopla fuerte. La sangre con moco sale por el otro agujero en dirección a mí. El hijo de puta se sigue cagando de risa.

Pasamos el Bar Real y el cine Atlas. Entramos al otro mundo, donde sabemos la ubicación de cada ferretería y de cada negocio de artículos de caza y pesca. Del otro lado de la Colón no te puede faltar nada, ni comida ni herramientas ni sexo. ¿Querés electrónica? Chiquitín tiene una radio armada con partes. Después de Colón está todo mezclado. Suenan sirenas. Los Muller ladran que hay que aprovisionarse porque se viene jodida la mano.

Paro y arranco, paro y arranco, paro el auto y le arrancamos cosas a nuestros prójimos. La alarma de un local suena mientras Chiquitín sale con un bidón de querosén y dos lin-

El autor

“Nací en 1980 en La Plata. Me crié en San Luis. Me vine a Córdoba a estudiar y creo que mi nacionalidad son las sierras. Dejé de dibujar por duro, dejé las artes marciales por blando y empecé un montón de cosas para probar. Laburo en publicidad hace 10 años y le pierdo y le agarro el gusto varias veces por día. Me interesa la literatura que hay en mis amigos. Todos los cuentos que escribí sin pensar en ellos, los borraría, porque los que valen son los otros. Me gustaría escribir como dirige un cineasta japonés. Con eso en mente, si tengo que nacer de nuevo, lo haré”.

ternas industriales. El Gordo fuerza la malla metálica de otro negocio y al minuto aparece con una bolsa de dormir llena al hombre como un papá Noel degenerado. La tira en el asiento del acompañante y se manda atrás con el hermano. La bolsa se abre y se caen unos cartuchos de escopeta y bengalas sobre la alfombra, pero no hay ninguna escopeta.

Las alarmas saltan como si fueran depredadoras y nosotros fuésemos sus presas, pero cuando caen ya no encuentran a nadie y se quedan comiendo polvillo, porque los Muller y yo estamos en otra parte.

Cruzamos Lima. El Gordo olfatea las casas de cotillón, trae vasos de plástico decorados con caras de payasos y platos de cartón. Algunas guirnalda de cumpleaños y unas vinchas de cartulina que tienen pintadas plumas de indio. En Buenos Aires y Catamarca Chiquitín se baja y ataca un mayorista de golosinas, mientras el Gordo corre y violenta el local de rezagos del ejército. Trae un bolso de lona verde militar y cascos para las cabezas de los tres.

Una cuadra más. El Mercado. Entramos. Subimos y bajamos una persiana y esperamos metidos en la noche, como en una celda, como enterrados, como en la bolsa de una cigüeña, como jugando, como en la concha de su madre. En este hueco del que ya deben estar viniendo a sacarnos a la fuerza, con fórceps, con armas, con la ley en la mano.

El brasileño está durmiendo de costado sobre el piso, en un rinconcito entre dos puestos. Debe estar copetín porque hace una gambeta de más: se endereza lento como un lanudo poco guardián que verifica la llegada del dueño y sin afecto se vuelve a tirar, pero antes murmura algo.

– Os tres patetas –creo que dice eso.

Cuando el Gordo recupera un poco el aliento, va hasta el rinconcito y le pega una patada bien en el centro del culo. Después le mete otra un poquito más arriba, en la parte baja de la columna. Se ríe y la carcajada resuena en el techo alto que ahora, de noche, no está lleno del murmullo de

la gente, ese bullicio que de día se levanta como humo y queda flotando allá arriba. Hay un olor mezclado a cordero y chanco. En las bateas de plástico blanco, dentro de las heladeras, están las lenguas, los riñones y los hígados de las vacas, que a la mañana las viejas van a mirar bien antes de elegir. El brasileño lloriquea y los Muller le bailan alrededor haciendo vibrar el piso. Les llevo bonetes de cumpleaños y me prendo en el baile. Reparto un silbato y una matraca. Tiramos papel picado, bailamos con cuchillazos de carnicero en las manos. Tiro el mío. Le pongo anzuelos a la bolsa de papel picado, la cierro y la sacudo, meto la mano y tiro puñados para arriba. Un Muller se ríe babeando cuando el otro salta aullando porque tiene un anzuelo enganchado en el cuello.

En los platitos de cartón ponemos papitas y otras porquerías saladas. Nos sentamos en el suelo. Preparamos jugo mezclado con vino en una cantimplora del ejército y lo servimos en los vasitos con caras de payaso. Afuera suenan las alarmas que se mezclan con el ritmo sabrosón que sale del equipo de música que robamos en una casa de electrónica. Abrimos un puesto y descuelgo un salame de una viga. Le meto un machetazo y mordisqueo el trozo que queda sostenido por un hilo de pellejo. Les tiro un cacho de salame a los otros y los tres aspiramos profundo el olor a carne que cuelga en el aire masticando y chupando oxígeno por la boca y la nariz. Saltamos y caemos con pisotones, haciendo sonar los machetes y los fierros que tenemos colgados en las cinturas mientras el brasileño lloriquea en silencio en el piso, borracho, cagado, con los ojos apretados, como cuando uno se quiere despertar de un sueño feo y no puede.

Justo ahí, la persiana de la entrada norte chilla más fuerte que el brasileño. Los Muller cierran el hocico. Las alarmas dejan de acusar. Se corta la electricidad. Estiro con cuidado, sigilosamente, el elástico que sujeta el bonete de cartón a mi papada. Me agacho y lo dejo en el piso. Me siento en el suelo

frío del Mercado. Me ato fuerte las botas de colimba. Con un dedo en la boca les hago entender que tienen que hacer silencio.

El chirrido de las cadenas y el mecanismo metálico de la entrada descubren como una cortina el sonido de la noche. Al otro lado está la oscuridad real. Me paro y me acerco hasta la cara invisible de un tipo.

–¿Pueden cortarla con todo este lío? ¿No ven que están molestando a la gente que quiere descansar? –dice.

Miro por encima de su hombro: hay viejas con vestidos floreados, estudiantes, policías, caras aindiadas y rostros pálidos. De cerca noto que es negro.

–¿Sos vos? –digo.

–Sí, ahora terminenlá que queremos dormir. Los Muller se acercan con ojos desvelados y se paran uno a mi derecha y otro a mi izquierda. Lo miran al blanco de los ojos y sueltan unas carcajadas largas. Le dan besos. Salimos a la vereda del Mercado. Hay gente apretada en todas las veredas de alrededor, como si estuviéramos en el pasto de un estadio. Hay gente en la calle y en los techos, mirando para acá. Aspiramos el olor a pescado que el viento tibio seguramente lleva y trae desde los montículos de hielo picado que se derrite en las tazas de los árboles.

Aullamos a la luna y siento la puta madre, qué poco realismo hay en la felicidad. La gente nos mira con sus propias emociones detrás de los ojos y se ve que los Muller también llegan a sentirlos, porque los tres nos reímos, nos reímos con amor. Si esto no es otra cosa, amor por nosotros mismos, amor, amor, amor propio. 🍷

